

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Lo real del kirchnerismo: democracia y consumo.

Daniel Groisman y Juan Manuel Reynares.

Cita:

Daniel Groisman y Juan Manuel Reynares (2013). *Lo real del kirchnerismo: democracia y consumo*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/427>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X Jornadas de sociología de la UBA
20 años de pensar y repensar la sociología.
Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI.
1 a 6 de julio de 2013
Mesa: 40 – La década kirchnerista: mutaciones de la política en la Argentina contemporánea

Lo real del kirchnerismo: democracia y consumo

Daniel Groisman (CIFYH-UNC-CONICET)
Juan Manuel Reynares (CEA-UNC-CONICET)

Introducción

El siguiente trabajo pretende acercar los primeros avances de una reflexión sobre el kirchnerismo como sujeto político. Para ello buscamos pensar el fenómeno en tensión con teóricos europeos, como Alain Badiou y Jacques Rancière, quienes suelen cuestionar el papel del Estado en los proyectos emancipatorios. “La verdadera política sucede a distancia del Estado” es su formulación más sintética.

Si bien estos autores realizan un esfuerzo denodado por dar cuenta de las articulaciones entre orden y conflicto, ontología y política, ser y acontecimiento, policía y política, al momento de leer nuestra coyuntura no hacen más que anquilosarse allí donde sus teorías buscan movilidad y articulación. A ellos dedicaremos explícitamente una breve introducción.

Por lo demás, en la atención a la singularidad del kirchnerismo nos detendremos en dos figuras: la primera, de cuño moral-religioso y endilgada sobre todo a Cristina Fernández (a saber, la soberbia), trae a primer plano el problema de los enunciados sustantivos en la política. Ya que en una época donde el mercado impone un vocabulario aséptico y cualquier exceso en política reenvía a los fantasmas del totalitarismo, el deseo, el deseo político, es condenado a la hoguera democrática. Así, si el deseo es una apuesta que rescribe las leyes de lo dado, su condena implica el acatamiento puro y duro de la legalidad imperante.

La segunda figura, sólo en apariencia más profana (a saber, el consumo), nos permitirá rodear los límites del sujeto kirchnerista. Porque el consumo abre dos vías: la inclusión de los excluidos del mismo (apertura), pero a la vez el acatamiento de las leyes del mercado global (cierre). Esa basculación entre una apertura y un cierre o esa condición de (im)posibilidad es para nosotros lo *real* del kirchnerismo. Esto es, un registro de la experiencia política que no alcanza con denunciar sino con aproximarse a él a través de cortes interpretativos, rodeos por su sinsentido y creación de nuevos sentidos.

Nuestra lectura, de este modo, pretende contribuir en una crítica inmanente al devenir de este sujeto político. El fin de las almas bellas, al decir de Emmanuel Bisset, es nuestro comienzo. El final queda, como en todo proceso político que vale la pena, abierto.

De marco teórico a teoría sin marco

Quizá la historia reciente de Latinoamérica, o mejor, la historia más híbrida de tradiciones que la informan, y que ahora gozan de gran visibilidad, nos permita pensar —con mayor flexibilidad que a muchos pensadores europeos— algunos acontecimientos políticos del continente. No apelando, por supuesto, a la flexibilidad como un rasgo positivo *per se* (de hecho, nada más flexible que las formas que encuentra la reproducción del capital contemporáneo y con éste sus ideólogos), sino porque es evidente que estar a la altura de la época es poder no sólo construir aparatos conceptuales consistentes (contrarrestando el relativismo particularista que se impone con la globalización) sino también poder contaminarlos e interrogarlos con la aparición de experiencias singulares como el kirchnerismo.

En este sentido, la tradición del pensamiento político francés contemporáneo, refinada e interesante para pensar el entramado onto-político de las subjetivaciones y advertir la complejización necesaria de la política posmarxista, adolece sin embargo de un esencialismo anti-estatalista que reduce su capacidad de intervención sobre la escena latinoamericana, donde los gobiernos han convertido el aparato estatal en un actor central de los procesos políticos emancipatorios.

Es por ello que nos encontramos ante una doble posibilidad: la de forzar sus categorías y hacerlas abandonar sus condiciones de emergencia “originarias” o someterlas a una indagación que quizá, y por qué no, desemboque en cierto olvido voluntario. Si la Argentina en particular y Latinoamérica en general han comenzado a salir de crisis profundas a través de la búsqueda de alternativas a saberes forjados por el neoliberalismo de los países “centrales”, quizá sea hora también de someter a indagación cierta hegemonía del pensamiento europeo en general y francés en particular en nuestros espacios académicos. No desde una pura exterioridad, desechándolos por motivos cartográficos, sino bajo el reconocimiento de una profunda afectación que necesita ser resignificada.

Frente a esta tarea, las estrategias de indagación pueden ser variadas. Es necesario, no obstante, descartar desde un comienzo aquella que, en un imaginario pobre y chauvinista, supone que la “descolonización” del pensamiento significa rechazar a priori cualquier producción que provenga de Europa o EE.UU. Porque, si bien las geografías son condicionantes del pensamiento, siempre hay algo que escapa al marcaje de los mapas y puede atravesar tierras desconocidas sin implicar una expoliación o conquista.

Sólo alguien, aun si genial, mezquino y chauvinista como Heidegger podía creer que la escucha del Ser estaba destinada a los griegos y germanohablantes. Nosotros sabemos que Latinoamérica, a diferencia de este “monolingüismo” de los grandes centros de poder, cuenta con la ventaja de estar imbuida por el pensamiento europeo y atravesada al mismo tiempo por problemáticas y pensamientos locales. Lo que nos torna más receptivos a las voces, las más y las menos altisonantes.

La separación del pensamiento europeo por parte de Latinoamérica, entonces, es siempre no-toda. Los comienzos son re-comienzos, reinterpretaciones de las tradiciones ya existentes, en tanto —para decirlo en clave genealógica— no hay *Wunderursprung*, no hay un Origen-milagroso, una identidad primera de la cual deriven identidades segundas. Así como Derrida se mofaba de aquellos que pretendían cambiar la historia de la literatura francesa simplemente desatendiendo las convenciones ortográficas de la lengua, podemos también

nosotros hacerlo con aquellos que buscan una refundación ex—nihilo de Latinoamérica.

Somos el producto de muchos híbridos. Que los europeos parezcan no serlo tiene que ver con que se han encargado muy bien de ocultarlo, de subrayar la destinación inexorable de un Origen común. Así, si Europa ha elegido en todo este tiempo un camino más o menos esotérico, la oportunidad para Latinoamérica de sostenerse en un pensamiento propio no está en el puro exoterismo sino en la restitución de una medialidad entre los extremos. Una idea que si en Europa es minoritaria, aquí puede ser hegemónica.

La soberbia igualitaria: una figura del deseo

“La política comienza por el mismo gesto con el que Rousseau suprime el fundamento mismo de la desigualdad: hacer a un lado todos los hechos”

(Badiou, *¿Se puede pensar la política?*).

Es muy frecuente encontrarse, bajo diversas modalidades urbanas, con la siguiente frase: “la Presidenta Cristina Fernández es soberbia”. Sea por motivos estéticos (una cuestión fónica o “de piel”) o políticos (una cuestión de formas, o “de crispación”) —ambos motivos políticos en definitiva— pareciera que muchos se regodean con la misma conclusión: *la presidenta se la cree*. Conclusión que, a su vez, entraña otro corolario obvio: una actitud tal debe remitir inmediatamente a una condena.

Se constata entonces una primera regla: traducidas las cosas al lenguaje moralizante con el que solemos tratar lo político, si notamos que alguien es soberbio lo mandamos a la hoguera *democrática*.

Ahora bien, ¿qué queda de la soberbia si la despojamos de ese manto moral-religioso? Para responder a la pregunta es menester rescatar un sentido menos evidente y por ello tanto más necesario de la palabra en cuestión. Sin remitirnos a la etimología (estético-políticamente demasiado cerca de cierto periodista), intentemos simplemente poner de manifiesto la relación de la soberbia con nuestra época. Esto es, nos preguntemos: a la luz de los acontecimientos actuales, de la forma en que el mundo se muestra, ¿por qué alguien es considerado soberbio? O, mejor, ¿qué convierte a alguien, en el terreno de la política, en soberbio?

Vaya una respuesta sin demora: uno se convierte en soberbio porque aquello que enuncia lo enuncia con un exceso de convicción. Porque las palabras enfáticas, a veces despectivas, dejan entrever que en lo que se dice hay algo más que un enunciado raquíptico, hay también un deseo. El problema político de la soberbia hoy, entonces —sin negar que también existe el problema del soberbio de manual— es que quien la detenta pareciera no seguir a pie juntillas el imperativo de nuestra época. Esto es: “todas las opiniones deben ser iguales, no hay jerarquía de ideas, siempre debe primar la modestia”. Lo cual implica que quien sostiene una idea debe hacerlo con tanta vacilación como quien manipula un cuerpo moribundo. De ahí que, entre otras cosas, en la época del exceso dinerario (nunca se escucharon tantas cifras descomunales en la economía mundial), en la vida como un gran supermercado, nada de lo que *excede* en política está permitido.

Se constata una segunda regla: sólo en política nos debemos a la medida, mientras que en cualquier otro ámbito de la vida nunca se tuvo más permisividad como ahora.

Es por ello que, volviendo al kirchnerismo, a pesar de creer que es realmente necesario profundizar los antagonismos surgidos en sus años de gobierno (i.e. asegurar la implementación de la ley de medios y servicios audiovisuales, profundizar la democratización del aparato judicial) y, junto a ello, radicalizar las políticas de igualdad así como introducir el cuidado de los no-recursos naturales (el mundo no es una estación de servicio), nunca se ha sentido más a gusto la soberbia en el gobierno. Un gesto politizante que introduce una jerarquía en aquello que, para que la igualdad sea al menos tematizable, ha de ser desigual: el mundo de las ideas.

¿Por qué desigual? Porque la idea de igualdad no puede contarse como una idea entre otras sino que requiere de un gesto de soberbia inmodesta para ponerla a rodar. Un gesto que encontramos sobre todo en aquellos que, no siéndolo, se reclaman como iguales. La presunción axiomática de la igualdad no admite humildad. Es más, la humildad es la aceptación de las posiciones diferenciales. Toda crisis de deferencia, para usar un lenguaje caro a nuestras ciencias sociales, supone un exceso de convicción, una pretensión sólo fundada en el convencimiento de la propia capacidad para cuestionar un reparto dado de prerrogativas y funciones, “un orden de los cuerpos que define las divisiones entre los modos del hacer, los modos del ser y los modos del decir” (Rancière, 2010:44).

La arrogancia de Cristina Fernández convoca a la posibilidad de que los devenidos sujetos se arroguen la pretensión de ver reconocidas sus demandas en la apertura que habilita la expresión de nuevos reclamos dirigidos ahora a un ampliado espacio público. El movimiento soberbio del subordinado exigiendo derechos implosiona en el gesto excesivo de una dirigente mostrándose soberbia. ¿Por qué esa soberbia sólo molesta a algunos, si todos la reconocemos, o podríamos hacerlo? Molesta porque irrumpe en una división establecida de lo sensible, que hiere dignidades sedimentadas, lugares comunes, repartos de criterio olvidado. La soberbia que se le endilga a Cristina Fernández es el índice de una molestia mucho mayor, intrínsecamente política, que es agujoneada por la potencia democrática del proceso político que ella dirige. No molestan, en sí, sus vestidos, su luto pretendidamente impostado, su tono de superación y mando, exaspera que su palabra promueva el goce de partes que, bajo el reino de la humildad, nunca debieran haber contado como tales en nuestra sociedad.

De la soberbia igualitaria al narcisismo

Si la soberbia igualitaria postula un deseo político que resulta irreductible a un individuo, aun si en su enunciación requiere de él, el narcisismo realiza el movimiento contrario: recurre a la política para postular la excepción enunciativa del individuo. Porque, ¿qué es el narcisismo a fin de cuentas? El narcisismo es la mantención del yo en un lugar de excepción. Es un yo que todavía no pudo romper con las figuras bellas del geocentrismo. Es decir, con los movimientos circulares en torno a un centro ubicado lo más cerca posible de(l) Uno.

La clase media, así, cae una y otra vez en el pantano de la excepción, en tanto es la destinataria de una forma de subjetivación que resulta para nosotros el paradigma de la anti-política. Porque si la política es reconocer la trayectoria inmemorial de un deseo de emancipación que atraviesa, con particularidades históricas, distintas épocas, la anti-política es infectar a tal punto de narcisismo las ideas que cualquier articulación resulta obturada. No sólo la articulación con ideas de tradiciones emancipatorias sino, a su vez, la articulación con aquellos que se encuentran a nuestro lado. El gran pelotero de la oposición al kirchnerismo, en el que conviven ideas autocontenidas en pequeñas esferas, es la manifestación más patente del asunto.

Manifestación de una forma de subjetivación que salió a la calle el 13 de septiembre y el 8 de noviembre de 2012.¹ En esos días, se congregaron en diversos centros urbanos del país, como Buenos Aires, Córdoba, Rosario y Mendoza, cantidades disímiles, pero en todos los casos, numerosas, de personas sin inscripciones partidarias que enarbolaban una posición independiente y una motivación espontánea. Su objetivo era la protesta, indefinida en su contenido pero precisa en su adversario: el gobierno nacional. En general, se mezclaban la *bronca* y la *impotencia*, el reclamo airado y el *temor*, donde la mayoría de los reclamos rechazaban medidas políticas específicas, y se volvían incapaces de articular una posición identitaria más global.

Si bien la principal característica de estas manifestaciones fue su informalidad, sin embargo debemos detenernos en su *momento de emergencia* para detectar las razones de su estrépito. Desde principios de 2012, comenzaron a aumentarse las restricciones para la compra de moneda extranjera (más específicamente el dólar estadounidense) por parte del gobierno nacional. Y así se nos vuelve más clara la opaca heterogeneidad de las demandas: esa clase media que reclama contra algo que no la incluye es el conjunto de individuos consumidores sobredeterminados por el rechazo a una medida que atenta contra su capacidad de ahorro —antesala del consumo e índice de la libertad del agente económico.

Ahora bien, si el consumo es la figura que refuerza la subjetivación narcisista, alimentando el fetiche de la diferencia (status, propiedad, cualidad y distinción); también es la que debilita el recorrido de una subjetivación soberbia. En tanto la retrae de su posibilidad de expansión hacia figuras que apelan a la genericidad impropia del sujeto y no a su excepcionalidad.

El consumo es la figura a través de la cual el kirchnerismo aparece como un sujeto político ambiguo. Ya que emerge como la condición de posibilidad de un proceso de inclusión ciudadana de vastos sectores sociales pauperizados y silenciados por los gobiernos dictatoriales y liberales de las últimas décadas; y al mismo tiempo como la condición de imposibilidad de un proyecto emancipatorio de más largo alcance. En tanto tal funciona como gozne conflictivo: como vehículo de la discusión del reparto de las partes contadas como validas, y como puerta de entrada a las leyes económicas del mercado global.

Resulta necesario entonces poner en discusión los límites de un tal consumo. En ese sentido resuenan las siguientes palabras de Ranciére:

¹ Fechas que fueron, por cierto, bautizadas aludiendo a la costumbre norteamericana de poner el mes con su inicial en mayúscula luego del día en cuestión.

“La heterogeneidad de los juegos de lenguaje no es un destino de las sociedades actuales que supuestamente viene a suspender el gran relato de la política. Al contrario, es constitutiva de la política, es lo que la separa del igual intercambio jurídico y mercantil por un lado, de la alteridad religiosa o guerrera por el otro” (Rancière, 2010: 70).

El consumo nunca es una mera interacción entre individuos en el mercado, tampoco es la adquisición de bienes con una intervención más o menos explícita de agencias estatales. El consumo como herramienta para la inclusión también debería habilitar la discusión sobre los modos de producir, distribuir e invertir en ese proceso colectivo que supone la economía política. Si no retenemos esta enseñanza indirecta de Rancière no nos resulta posible tratar con el kirchnerismo de una manera compleja. Antes que una crítica frontal al consumo (que si no fuera hipócrita retornaría sobre nosotros mismos bajo el imperativo de una ascesis) o bien una aceptación de prácticas que parecen naturales o inevitables en cierto acontecer histórico, se trata de asumir el carácter paradójico del consumo. Ya que éste nos habilita a convocar su continua politización, no sólo en el reclamo de una inclusión de partes a un reparto ya conocido, sino en la discusión de los términos mismos de ese reparto.

Así, sin rechazar la paradoja, no volveríamos sobre discusiones estériles de almas bellas, sino que podríamos ubicar nombres propios en los que esa paradoja muestra toda su (im)potencia: la monoproducción agrícola de la soja, la instalación de plantas de agrotóxicos y productos transgénicos, la explotación minera a gran escala, etc.² El consumo es así la piedra de toque en que se conjugan, conflictivamente, una potencialidad de discusión de las partes y una encarnación de cierto discurso hegemónico centrado en el mercado mundial y su estela de inevitabilidades históricas.

El kirchnerismo es un sujeto político que emerge en dicha ambigüedad, marcándole ésta sus capacidades y limitaciones: convocatoria a una soberbia igualitaria y, a su vez, silencio sobre la relación más profunda del consumo *per se* con la desigualdad.

Entonces, si el consumo en su paradójica condición de (im)posibilidad es lo real del kirchnerismo, es comprensible el sobresalto que estas manifestaciones de un yo-siempre-excepcional produjeron en la intelectualidad kirchnerista e incluso en sus principales dirigentes. Por ello es que antes que desmerecer el carácter político de estos fenómenos nos resulte necesario pensarlos en toda su complejidad.

Recapitulación

² Algunas contribuciones de Rancière permiten construir una posición de lectura que evite los extremos en que encontramos a los vindicadores del mercado, por un lado, y cómodos críticos inmóviles en el otro. Precisamente, una lectura tal se vuelve posible siempre que comprendamos la realidad social en donde “...no hay de un lado la esfera de las instituciones policiales, y del otro las formas de manifestación puras de la subjetividad igualitaria auténtica... La distinción de la política y de la policía opera en una realidad que conserva siempre una parte de indistinción. Es una manera de pensar la mezcla. No hay un mundo político puro y un mundo de la mezcla. Hay una distribución y una redistribución” (Rancière, 2004).

En estos breves apartados hemos intentado mapear la relación compleja de un sujeto político con una axiomática de la igualdad (presente en la figura de la “soberbia igualitaria”), y con el consumo en una doble perspectiva: en tanto inclusión de las partes no contadas de la sociedad y en cuanto imposición de las reglas del juego del mercado. Es ese carácter paradójico de la figura del consumo la que se puede rastrear en las manifestaciones de septiembre y noviembre de 2012 que hemos tematizado. No sólo, entonces, para dar cuenta de un narcisismo “clasemediero” que pugna por la excepcionalidad del yo del reclamo sino también para encontrar el mensaje oculto que esas manifestaciones portan en su seno para el kirchnerismo.

Sólo situándonos en una crítica inmanente al proceso kirchnerista, esto es, no abonando a una crítica trascendente al consumo (lo que supondría desconocer absolutamente su carácter necesario en cualquier proceso de inclusión social), es que consideramos posible redoblar la apuesta de una política kirchnerista. Una política que si resulta ambigua es porque no puede deducirse de una descripción sociológica de sus medidas de gobierno. Ya que la verdadera política, la política acontecimental, no se reduce a lo social.

Bibliografía

BADIOU, A. (2007) *¿Se puede pensar la política?* Buenos Aires: Nueva Visión.

RANCIÈRE, Jacques, *El uso de las distinciones*, 2004 [en línea][consulta: 22 de junio de 2011].

<http://mesetas.net/?q=node/19>

RANCIÈRE, J. (2007) *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu.

RANCIÈRE, J. (2010) *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.